

escopeta, la bolsa de pólvora y una manta arrollada en bandolera, pasaban jornadas enteras, solitarios entre las rocas y el hielo, ojo avizor siempre para derribar al grácil rebeco que salta entre las grietas; sus corazones sencillos se preguntarían seguramente para qué hizo Dios tanta belleza si los hombres no la contemplaban. Todavía era la montaña la gran desconocida. Estos hombres debían ser extraordinarios por los relatos que sabemos de ellos; en el Valais los cazadores de gamuzas, para atravesar las inclinadas «fajas» y llambrias de roca, se hacían cortes con su cuchillo de caza en las palmas de las manos y pies, con lo cual la sangre formaba sobre la roca un coágulo adhesivo que contribuía a mantener el equilibrio. Un poco más rudimentario que los estribos de duraluminio.

Del siglo XVIII ya tenemos los nombres de Packard, de Sausurre, Balmat y otros que con su conquista del Mont Blanc enseñaron a todas las generaciones venideras el camino ante el cual nadie se había detenido. Ese camino ha sido recorrido ya por muchos alpinistas que han conseguido, en el transcurso del tiempo, hacerlo cada vez más espaciado y largo.

Los que empezaron tuvieron que hacerlo desde el cero. Entonces no había mapas, ni caminos, ni refugios, ni técnica, ni equipo..., pero sí había espíritu. La gente no les comprendía (en esto hemos avanzado francamente poco); pasaban por gente excéntrica, si no eran considerados locos de remate. Cuando Whimper en sus constantes viajes de Londres a los Alpes atravesaba la aduana y se revisaban sus maletas, los aduaneros pedían una explicación de para qué servían aquellas cuerdas y sospechosos artefactos, a lo cual el vencedor del Cervino contestaba con flema británica que era de profesión equilibrista.

Es de notar que la ciencia tomó una parte importante en estos primeros pasos. Muchos de aquellos montañeros eran encargados de levantar mapas y de comprobar la altitud de las cumbres. Y del contacto con la montaña quedaron prendidos en ella; empezaron a subirlas no para levantar montículos de referencia a sus mediciones topográficas, sino por el mero placer de hacerlo. Sus milagros y aventuras hoy nos provoca hilaridad y admiración. Una aportación muy importante fue la de los alpinistas ingleses. Por entonces Inglaterra atravesaba una de las etapas más brillantes de su historia: la época victoriana. En aquella época un «gentleman» era capaz de cualquier cosa; lo mismo cazaba tigres en la India como daba la vuelta al mundo en noventa días. Y con el más amplio espíritu deportivo se lanzó a competir con los picos sin conquistar; si la montaña resultaba vencedora, sabían aceptar honradamente la derrota, con la más británica y decidida intención de volver a presentar batalla. Como el «gentleman» lo es siempre y en cualquier lugar que se encuentre, su atuendo en la montaña correspondía a su rango y por ello se presentaba con su correcto y severo traje de vestir para trepar en la roca. Como no podía descender a ciertos menesteres, requería los servicios de numerosos porteadores nativos, como lo hacía según costumbre en Africa, que transportaban su complicada y curiosa impedimenta. Así apareció después una tercera figura que había de pasar en la escena de comparsa a papel principal: el guía, compañero fiel y competente para las aventuras de la montaña.

PYRENAICA

Hoy ya tenemos suficiente perspectiva para juzgar las cosas. Hace ya años que hombres de espíritu inquieto se han lanzado resueltos a la conquista. Algunos han caído pero las montañas han perdido mucho de su antigua aureola de gigantes inaccesibles. Han visto atónitos cómo después de miles y miles de años su silencio se ha visto interrumpido por unos seres minúsculos, pero con voluntad de hierro, que se atrevían a enfrentarse con el viento y la nieve que acumularan los siglos. Acordémonos de los caídos. Algunos descansan bajo la tierra y otros yacen en el fondo de grietas profundas o en el interior de glaciares gigantescos en tétrico viaje hacia el valle de donde partieron, como si la montaña tuviese horror en conservar sus víctimas. Todos estos hombres bien merecen un recuerdo sentido de los que amamos, como amaron ellos, las inefables bellezas que Dios depositó sobre «lo seco» cuando en los albores del mundo separó las aguas de la tierra. Hoy sus cuerpos aguardan la última batalla, a la sombra de los gigantes que velan su descanso.

Recuerdos del IV Campamento Regional de Montaña

POR UDECE

¡Qué gratos recuerdos quedan de todo Campamento Regional! ¡Aún estamos saboreando las mieles del éxito más completo, del último celebrado en la Sierra de Urbasa!

Hasta la vispera todos los elementos atmosféricos se hallaban desatados como queriendo conjurarse para derribar, en tres días, la labor entusiasta y decidida de tantos montañeros, durante varias jornadas de desvelos y sacrificios, en pro de nuestro amado deporte. Pero el Rey de los Astros, identificándose con nuestros deseos e ilusiones, rasgó, con sus dorados rayos, el manto gris y triste que nos cubría, poniendo un cuadro orlado de brillantes al IV Campamento Regional.

Horas inolvidables han sido las transcurridas entre las nuevas y antiguas amistades montaÑeras, al amparo y cobijo de las frondosas hayas de Larraiza, y alrededor del nuevo Refugio, de cuyo interior hemos extraído y consumido toda la vitualla, como los cachorros estrujan las ubres de su madre, todo ello debido a la amabilidad y gentileza del Club Montañero Estella, organizador del Campamento.

Grandioso y emocionante el acto del Santo Sacrificio de la Misa el día 29 de abril en el recinto del Campamento, con asistencia de gran número de acampados y de los que, al objeto de sumarse a los actos oficiales se desplazaron hasta el bello paraje de Larraiza.

Si memorable fue ese acto, ¿qué diremos del de la Clausura del Campamento? En estas torpes líneas no podemos plasmar la magnitud y esplendor que se dieron entre las centenarias piedras del Monasterio de Iranzu, joya de arcadas ojivales cargada de años de historia, y totalmente aprisionada

IRANZU.—Autoridades en los actos de clausura del Campamento. (Foto Paco Foti)

